

—¿De qué?

—De la inocencia absoluta de la señorita— pronunció claramente Raúl.

—¡Ja, ja! ¿No ha matado a nadie?— preguntó jocosamente el comisario.

—No.

—¿A que resulta que tú tampoco has matado a nadie?

—Tampoco.

—¿Quién ha sido, pues?

—Otros.

—¡Paparruchas!

—Verdades. En este asunto, Marescal, andas errado desde el principio al fin. Te repito que apenas conozco a la señorita, cosa que ya te advertí en Montecarlo. Cuando la salvé en la estación de Beaucourt sólo la había visto una vez, por la tarde, tomando el te en el bulevar Haussmann. Únicamente en Santa María hemos tenido algunas entrevistas. Pero en el curso de esas entrevistas ha evitado ella aludir a los crímenes del rápido y yo no la he interrogado nunca acerca de ellos. He llegado a la verdad prescindiendo de la interesada, gracias a mis tenaces esfuerzos y, sobre todo, a la convicción que, a pesar de ser instintiva, era tan fuerte como un razonamiento, de que con una cara tan pura no se puede ser criminal.

Marescal se encogió de hombros y no contestó. A pesar de todo tenía curiosidad por conocer cómo interpretaba los acontecimientos el extraño personaje.

Consultó el reloj y sonrió. Se acercaban Philippe y los sabuesos de la prefectura.

Brégeac escuchaba sin comprender y mira-

ba a Raúl. Tampoco le quitaba ojo Aurelia, ganada de pronto por la inquietud.

Y Raúl dijo, empleando casi los mismos términos de que Marescal se había servido:

—El veintiséis del pasado abril, el vagón número cinco del rápido de Marsella solamente estaba ocupado por cuatro personas: una inglesa, llamada miss Bakefield...

Pero se interrumpió de pronto, reflexionó algunos segundos y continuó con tono resuelto:

—No, no hay que contarlos así. Hay que retroceder más lejos, hasta el origen mismo de los hechos, con objeto de desarrollar toda la historia, en la cual podrían considerarse dos épocas. Ignoro ciertos detalles, es verdad, pero lo que sé, y lo que puedo suponer con fundamento, basta para que todo se aclare y para que todo se encadene.

Y, lentamente, añadió:

—Hace unos dieciocho años... Dieciocho años, sí... Repito la frase, Marescal, porque marca una época de la historia... Hace dieciocho años, pues, en un café de Cherburgo se reunieron cuatro jóvenes de una manera bastante regular. Eran un tal Brégeac, secretario de la comisaría marítima; un tal Jaime Ancivel, un tal Loubeaux y un tal Jodot. Las relaciones fueron superficiales y no duraron mucho, pues como los tres últimos habían tenido cuentas con la justicia, el cargo del primero, es decir, de Brégeac, no le permitía continuar tales amistades. Además, Brégeac se casó y fué a vivir a París.

»El casamiento fué con una viuda, madre de una niña llamada Aurelia d'Asteux. El

padre de su esposa, Esteban d'Asteux, era un anciano procedente de provincias, inventor siempre al acecho de novedades y que varias veces había estado a punto de conquistar una gran fortuna o de descubrir el gran secreto que la proporciona. Por cierto que, algún tiempo antes de que su hija matrimoniara con Brégeac, parece ser que descubrió uno de esos secretos maravillosos. Así, al menos, lo asegura en cartas escritas a su hija a escondidas de Brégeac. Precisamente para demostrárselo hizo que fuera un día a visitarle junto con Aurelia, la niña. El viaje era clandestino, pero, desgraciadamente, llega a conocimiento de Brégeac. Y ello no fué más tarde, sino inmediatamente. Entonces Brégeac interroga a su esposa. Ésta, aunque callando lo esencial, como lo había jurado a su padre, y negándose a revelar el lugar visitado, hace determinadas confesiones que permiten creer a Brégeac que Esteban d'Asteux ocultó en alguna parte un tesoro. ¿Dónde? ¿Por qué no disfrutarlo en seguida? La vida del matrimonio se hace penosa. Brégeac se irrita cada vez más, importuna a Esteban d'Asteux, interroga a la niña, que no contesta, persigue a su mujer, la amenaza, vive en un estado de creciente agitación.

»Y he aquí que dos sucesos llevan al colmo su exasperación. Su mujer muere de una pleuresía. Y se entera de que su suegro D'Asteux, gravemente enfermo, está en peligro de muerte. ¡Terrible espanto para Brégeac! ¿Qué será del secreto si Esteban d'Asteux no habla? ¿Qué será del tesoro si Esteban d'Asteux lo lega a su nieta Aurelia «como regalo

cuando llegue a la mayor edad», según frase que se encuentra en una de sus cartas? ¿Se quedaría Brégeac sin nada? ¿Aquellas riquezas, que él suponía fabulosas, se limitarían a pasar por su lado? Era preciso enterarse a cualquier precio y por cualquier medio.

»Y ese medio se lo proporciona una funesta casualidad. Encargado de perseguir a los autores de un robo, echa la mano al trío de sus antiguos compañeros de Cherburgo: Jodot, Loubeaux y Ancivel. Grande es la tentación para Brégeac. Y accediendo a ella, habla. En seguida se cierra el trato, consistente en que los tres perillanes adquieran la libertad inmediatamente, a condición de marchar al pueblo provenzal donde agoniza el anciano y arrancarle, quieras que no, las indicaciones necesarias.

»Fracasa la trama. El viejo, atacado en plena noche por los tres forajidos, acuciado con brutalidad para que declare, muere sin decir una palabra. Los tres asesinos huyen. Y Brégeac tiene sobre la conciencia un crimen del que no ha sacado ningún beneficio.»

Raúl de Limézy, tras una pausa, observó a Brégeac, qué callaba. ¿Se negaría a protestar contra acusaciones inverosímiles? Parecía que todo aquello le fuera indiferente y que la evocación del pasado, aun cuando muy terrible, no pudiese aumentar su malestar presente.

Aurelia había escuchado con la cara entre las manos y sin manifestar tampoco sus impresiones. Pero Marescal recobraba poco a poco su aplomo, evidentemente asombrado de que Limézy revelara delante de él hechos tan

graves y de que le entregase, atado de pies y manos, a su viejo enemigo Brégeac. Nuevamente consultó su reloj.

Raúl prosiguió:

—Tenemos, pues, un crimen inútil, pero cuyas consecuencias se harán sentir duramente aunque la justicia no se haya enterado de nada. Por de pronto, uno de los cómplices, Jaime Ancivel, embarca, asustado, para América. Antes de partir lo cuenta todo a su mujer. Ésta se presenta a Brégeac y le obliga, con amenaza de denunciarle inmediatamente, a firmar un papel en que recabe para sí toda la responsabilidad del crimen cometido en la persona de Esteban d'Asteux y libre de ella a los tres culpables. Brégeac, por miedo, firma estúpidamente. Entregado a Jodot el documento, es encerrado por él y por Loubeaux en una botella que han encontrado bajo el almohadón de Esteban d'Asteux y que conservan, pase lo que pase. Desde entonces tienen cogido a Brégeac y pueden hacer de él cuanto quieran.

»Se han hecho con él. Bueno. Pero son unos mozos inteligentes que prefieren, más que dedicarse a menudencias, dejar que Brégeac vaya ascendiendo en su carrera. En el fondo no tienen más que una idea: el descubrimiento de ese tesoro, del cual Brégeac ha tenido la imprudencia de hablarles. Pero Brégeac no sabe una palabra. Ni nadie... excepto esta chiquilla, *que ha visto el paisaje* y que, en el misterio de su alma, guarda obstinadamente la consigna del silencio. Por lo tanto, hay que esperar y vigilar. Cuando la chica salga del convento en que Brégeac la ha encerrado, pondrán manos a la obra...

»Y la muchacha sale del convento. Al día siguiente de su llegada, hace un par de años, recibe Brégeac una cartita en que Jodot y Loubeaux le anuncian que están completamente a su disposición para buscar el tesoro. Que haga hablar a la pequeña y que les ponga al corriente. Si no...

»Eso, para Brégeac, es un mazazo. Como ya habían pasado doce años, suponía que el asunto estaba definitivamente enterrado. Realmente, ya no le interesaba. Además, le recordaba un crimen que le producía horror y una época que, al hacérsele presente, le causaba angustia... ¡Y he aquí que todas las infamias surgían de las tinieblas! ¡He aquí que aparecían los camaradas de antaño! Jodot le lleva hacia aquí. Se ve acosado. ¿Qué hacer?

»La pregunta es, de esas que no tienen más que una contestación. Tanto si quiere como si no, ha de obedecer, es decir, ha de atormentar a su hijastra, ha de obligarla a que hable. Y se decide a ello, impulsado, también él, por las ganas de enterarse y de enriquecerse, que le invaden de nuevo. Desde entonces no pasa un día sin que haya interrogatorio, disputas y amenazas. La desdichada joven ve forzados sus pensamientos y sus recuerdos. Llamen reiteradamente a la puerta cerrada tras la cual, siendo niña, encerró un manojo pequeño y vago de imágenes y de impresiones. Quisiera vivir, pero no se le permite. Quisiera divertirse y hasta se divierte a veces, pues tiene trato con amigas, representa comedias, canta; pero luego sufre un martirio continuo.

»Y a ese martirio se une algo verdaderamente odioso, que apenas me atrevo a evocar:

el amor de Brégeac. No hablemos de ello. De eso, Marescal, sabes tú tanto como yo, puesto que, en cuanto viste a Aurelia d'Asteux, nació entre Brégeac y tú el odio feroz de dos rivales.

»Así es que, poco a poco, la víctima considera que la huida era la única solución posible. A ello le anima un personaje soportado de mala gana por Brégeac. Me refiero a Guillermo, el hijo del último compañero de Cherburgo. La viuda de Ancivel lo tenía como reserva. Y hasta aquí ha desempeñado su papel en la sombra, con habilidad y sin despertar desconfianza. Guiado por su madre y enterado de que Aurelia d'Asteux, cuando le quiera, tendrá libertad para confiarle su secreto, por ser el hombre escogido, sueña con hacerse amar. Y ofrece su ayuda. Llevará a la joven al Mediodía, donde precisamente, según dice, le reclaman asuntos particulares.

»Y llega el veintiséis de abril.

»Fíjate bien, Marescal, en la situación de los actores del drama en aquella fecha y en cómo se presentan las cosas. Por de pronto, la señorita abandona su cárcel. Contenta, a causa de la próxima libertad, ha accedido, por última vez, a tomar el te con su padrastro en una pastelería del bulevar Haussmann. Casualmente se encuentra contigo. Escándalo. Brégeac se la lleva. Pero ella se escapa y se reúne en la estación con Guillermo Ancivel.

»Guillermo, en aquella ocasión, perseguía dos finalidades. Al mismo tiempo que seduciría a Aurelia efectuaría un robo en Niza, bajo la dirección de la famosa miss Bakefield, a

cuya banda está afiliado. Y de esa manera, la infortunada inglesa se encuentra metida en un drama en el que no desempeñaba ningún papel.

»Volvamos a Jodot y a los hermanos Loubeaux. Estos tres han actuado tan hábilmente que Guillermo y su madre ignoran que han reaparecido y que les hacen la competencia. Pero los tres bandidos han seguido todas las maniobras de Guillermo, conocen todo lo que se hace y se proyecta en la casa. Y allí están el veintiséis de abril. Su plan es claro: raptarán a Aurelia y le obligarán, *sea como sea*, a hablar. Está claro, ¿no?

»Y ahora he aquí la distribución de las plazas ocupadas. Coche número cinco. A la cola, miss Bakefield y el barón de Limézy. A la cabeza, Aurelia y Guillermo Ancivel. ¿Te enteras, Marescal? *A la cabeza del coche*, Aurelia y Guillermo, no los dos hermanos Loubeaux, como se ha creído hasta aquí. Los hermanos, así como Jodot, están en otra parte: en el coche número cuatro, en el tuyo, Marescal, disimulados por la cortinilla de la lámpara. ¿Vas comprendiendo?

—Sí—dijo Marescal en voz baja.

—Menos mal. Sale el tren. Pasan dos horas. Estación de La Roche. Nuevamente en marcha. Es el momento. Los tres hombres del coche número cuatro, es decir, Jodot y los hermanos Loubeaux, salen de su oscuro departamento. Llevan antifaz, blusas grises y gorras. Penetran en el coche número cinco. En seguida, a la izquierda ven dos bultos dormidos: un hombre y una mujer, a la cual se adivina rubia cabellera. Jodot y el hermano

mayor se precipitan sobre ellos, mientras el otro queda en acecho. El barón es atontado y atado. La inglesa se defiende. Jodot la agarró del cuello. Solamente entonces se da cuenta del error cometido, de que no es Aurelia, sino otra mujer con los cabellos igualmente dorados. El hermano pequeño se adelantó a la sazón y se lleva a sus cómplices al final del pasillo, donde verdaderamente se encuentran Guillermo y Aurelia. Pero la cosa cambia allí. Guillermo ha notado ruido. Y se ha puesto en guardia, revólver en mano. El combate se decide inmediatamente, pues los dos hermanos caen de sendos tiros. Y Jodot huye.

»¿Verdad que coincidimos, Marescal? Tu error, también mío al principio, el error de la justicia, el error de todos, en una palabra, ha consistido en juzgar los hechos con arreglo a las apariencias y a una regla, que no deja de tener lógica, según la cual, cuando ocurre un crimen los muertos son las víctimas y los fugitivos son los criminales. No se ha pensado en que puede darse el caso contrario, el caso de que los agresores puedan ser muertos y que los atacados, sanos y salvos, puedan escapar. ¿Cómo no iba a pensar Guillermo en la huída? Esperar era un desastre.

»Guillermo, que es ladrón, no admite que la justicia se entremeta en sus asuntos, porque, a la menor averiguación, surgirán con toda claridad los misterios de su vida. ¿Se resignaría? Sería muy estúpido teniendo el remedio al alcance de su mano. Sin vacilar, pues, agarra a su acompañante y le hace ver lo que la aventura tiene de escandaloso, tanto

para ella como para Brégeac. La joven, inerte, con el cerebro trastornado, espantada por lo que ha visto y por la presencia de los dos cadáveres, deja hacer. Guillermo le pone a la fuerza la blusa y el antifaz del hermano más joven. También él se disfraza. Luego se la lleva, así como las maletas, para no dejar señales. Y corren ambos a lo largo del pasillo, se dan de manos a bocas con el revisor y bajan del tren.

»Media hora más tarde, Aurelia, luego de una espantosa persecución, es detenida, encarcelada, puesta frente a Marescal, su implacable enemigo. ¡Está perdida!...

»Pero he aquí que yo, con la mar de gracia, entro en escena...»

Nada; ni la gravedad de las circunstancias, ni la actitud dolorosa de la joven, que lloraba recordando la maldita noche, nada podía impedir que Raúl hiciese el gesto del cómico que entra en escena. Se levantó, llegóse a la puerta y volvió a sentarse con todo el empaque y con toda la prosopopeya de un actor cuya intervención va a producir un efecto fulminante.

—Entro, pues, en escena—repitió sonriendo la mar de satisfecho—. ¡Ya era hora! Tengo la certeza de que, incluso tú, Marescal, te alegras de ver, ante la turbamulta de majaderos, a una persona decente que, antes de saber nada y simplemente porque la señorita tiene unos hermosos ojos verdes, se erige en defensor de la inocencia perseguida. Se trata de una voluntad firme, de una mirada clarividente, de unas manos tranquilizadoras, de un corazón generoso. ¡Se trata del barón de

Limézy! En cuanto aparece él, todo se arregla. Los acontecimientos se portan como buenos chicos y el drama termina en risa y buen humor.

Raúl da otro paseíto. Luego, inclinándose hacia la joven, le dice:

—¿Por qué llora, Aurelia? Todas esas cosas repugnantes han terminado; el mismo Marescal se inclina ante una inocencia reconocida por él. No llore, pues. Yo siempre entro en escena en el minuto decisivo. Es una costumbre a la que no dejo de ser fiel. Ya lo vería usted aquella noche: cuando Marescal la encerró, yo la salvé. Dos días después, en Niza, la salvo de Jodot. En Montecarlo y en Santa María vuelvo a salvarla de Marescal. Ahora mismo, ¿no me he presentado? Entonces, ¿a qué temer? Todo ha terminado. No tenemos otra cosa que hacer sino irnos tranquilamente, antes de que lleguen los dos polizontes y de que los soldados de infantería sitien la casa. ¿Verdad, Rodolfo, que no tienes ningún inconveniente en ello? ¿Verdad que la señorita está en libertad? ¿Verdad que te encanta este desenlace, muy acorde con tu espíritu justiciero y cortés? Vamos, Aurelia.

Aurelia echó a andar tímidamente, porque imaginaba que la batalla aun no se había ganado. Efectivamente: en el umbral de la puerta se irguió, inexorable, Marescal. Brégeac se le unió. Ambos hacían causa común contra el rival que triunfaba...

## XI

## SANGRE...

RAÚL se les acercó y, desdeñando a Brégeac, dijo tranquilamente al comisario:

—La vida parece muy complicada porque solamente la vemos mediante destellos inesperados. Eso ocurre con el asunto del rápido. Está tan enmarañado como un folletín. Los hechos estallan por casualidad, estúpidamente, como petardos que reventaran en el orden en que se les ha dispuesto. Pero un espíritu lúcido los pone en su sitio, de manera que todo resulte lógico, sencillo, armónico, natural como una página de historia. Esa página de historia es la que acabo de leerle, Marescal. Ahora ya conoces la aventura y sabes que Aurelia d'Asteux es inocente. Deja que se vaya.

Marescal frunció el ceño.

—No.

—Deja las terquedades, Marescal. Fíjate en que no bromeo, en que hablo seriamente. Lo único que te pido es que reconozcas tu error.

—¿Mi error?